**Domingo de JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO (A). 26.11.2017: Mateo 25,31-46.**

***“Haz al otro lo que deseas que el otro te haga…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

El próximo 26 de noviembre se acaba el año de la eclesialidad católica de Roma. Y en este domingo se celebra cada año una fiesta que, según los mensajes de los cuatro Evangelios, recuerda una de las realidades de Jesús de Nazaret más antievangélicas. Se nos invita a pensar y creer en aquel laico de Galilea como el Mesías Rey de todo el Universo y a lo largo de todos los tiempos. Dicho tan sencillamente como una blasfemia, Jesucristo Rey. Cristo Rey. El Juez.

Para finalizar el año litúrgico y la lectura del Evangelio llamado de Mateo, los sabios del espíritu de la liturgia nos proponen escuchar y meditar con sentido crítico la tercera parábola con la que se cierra el vigésimo quinto capítulo del Evangelio citado. Con esta parábola se cierra y acaba el quinto discurso que el Evangelista puso en labios de Jesús. Tan famosamente repetida se ha hecho esta parábola que se la reconoce en su totalidad como ‘el Juicio Final’. Precisamente ese Juicio Final pintado en una de las cuatro paredes de ‘la Sixtina’ vaticana.

La lectura literal y acrítica de Mateo 25,31-46 viene a justificar aquella afirmación de la existencia de un Cielo y de un Infierno en el más allá que sucede cuando esta vida de aquí se acaba con la muerte. Después de que durante siglos se haya sembrado esta verdad dentro de las verdaderas de la religión católica se hace poco menos que imposible desarraigar estos engaños para sembrar verdades nuevas. Y buenas, como lo hace desde siempre aquello que llamamos Evangelio.

Creo que al escritor de esta parábola del Hombre-Juez de todos los vivientes de todos los tiempos se le adivina que ha leído a Isaías 60-66 y sobre todo la última y más escandalosamente deshumanizada narración, Isaías 66,18-24. ¿Puede concebirse una ideología más nacionalistareligiosa que ésta que se acaba uno de meter entre neurona y neurona cuando se la lee haciéndose preguntas de sentido común humano?

El Jesús de Nazaret del que nos está hablando Mateo a lo largo de su Evangelio nos repite al oído y a voz en grito el mensaje de su primer discurso (Mateo 5-7): “Habéis oído que se dijo, en cambio yo os digo”. Ya no hay Ley y Profetas de antes, porque he venido a anunciar el Evangelio de una religión que no está fuera de ningún ser humano, sino dentro de él: “Haz al otro lo que deseas que el otro te haga”. No hay más Ley, ni más Profeta, ni más Templo, ni más Religión, ni más ‘religación con Dios’ o ni más dios (¡me leeré mil veces Mateo 7,12-27!).

Este es el contexto en el que merece la pena leerse esta distorsionada parábola del Jesús de Nazaret de Mateo que no encontraremos ni en Marcos, el Evangelio primero, ni en Juan, el último de los Evangelios, ni en Lucas, que había rastreado todo cuanto se había dicho sobre este hombre de Galilea tan lúcido como humano.

Después de la vida en el más acá, ¿quién sabe nada sobre un juicio de un hijo de hombre que separa a unos seres humanos de otros por razones de relación con ese mismo hijo de hombre, juez de todo y de todos?: *“¿Cuándo te vimos forastero…, migrante…, desnudo… enfermo…?”* (Mateo 25,18). ¡Qué atrevimiento tan osado como herético el haber hecho Rey y Juez a Jesús!

**Domingo 53º del Evangelio de Marcos (26.11.2017): Marcos 16,9-20.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Agradezco a este año eclesiástico el haber tenido cincuenta y tres domingos para, de este modo, dedicar el último comentario a un texto que se le coloca al final del relato que escribió María Magdalena sobre su fe en Jesús de Nazaret. A este texto se le define y se le nombra como Marcos 16,9-20. Sólo unos muy poquitos investigadores, y creo que exagero, se atreven a negar que estas líneas finales del Evangelio fueron una añadidura posterior al relato ya finalizado en Marcos 16,8.

Las Biblias, además de traducir los textos originales, tratan de ayudar a que los lectores comprendan mejor casi todos los aspectos del mundo y el mensaje bíblicos. Por esta razón se puede leer en ellas las llamadas ‘notas explicativas’. Y éste es uno de esos lugares en los que, de una o de otra manera, la nota a pie de página clarifica esta cuestión que acabo de indicar. En casi todas las ediciones de la Biblia de Jerusalén se recoge la nota más extensa y justificativa de la no pertenencia de este relato final al Evangelio primero y original de Marcos.

El propio lector, sin otras luces añadidas que las del sentido común percibe que el estilo del texto de Mc 16,9-20 choca frontalmente con el estilo literario del resto del Evangelio. ¿Por qué, entonces, una segunda mano añadió estos mensajes finales a la obra original del llamado ‘Evangelio de Marcos’? Ningún sabio y sagaz investigador va a poder encontrarse con la personalidad de esa segunda mano que trató de completar una historia bien completa sobre Jesús de Nazaret. Si no es posible tal encuentro, será imposible saber las razones que movieron al segundo escritor de este Evangelio.

Suelen indicar los comentaristas que este añadido se debe a que en el original del Evangelio de Marcos-María Magdalena no se contaba nada de la actividad de Jesús resucitado. Sobre todo y de manera muy particular, nada se decía de las apariciones del Resucitado en Jerusalén y en Galilea, su ascensión al cielo, su segunda y definitiva venida y la actividad del Espíritu Santo en la vida de los seguidores de este Resucitado. Estas ausencias chocaban con las informaciones que los otros tres Evangelios ofrecían sobre esos acontecimientos silenciados por Marcos.

Esa supuesta ‘segunda mano’ pudo pensar que se había perdido el final del Evangelio de Marcos en el que se informaba al lector de lo que vivió el sepultado Jesús después de su ‘resurrección’. ¡Cuánta tinta ha corrido en la historia de los comentarios de este ‘final añadido’ del Evangelio de Marcos! Y es tan sencillo admitir que el original, lo repetiría mil veces, acababa textualmente en 16,8.

Si solo se hubiera escrito este primer Evangelio sobre Jesús de Nazaret a nadie le habría extrañado el final de un relato que acaba, como su protagonista, en el silencio de su sepulcro. Como tampoco le hubiera extrañado a nadie que este evangelio nada contara de los, más o menos, treinta primeros años de la vida de este hombre. El actual final del Evangelio de Marcos (16,9-20) es un texto en el que se han recopilado, sobre todo, dos cosas: un puñado de apariciones del Resucitado y otro de signos para identificar al seguidor de Jesús. Por más que leo las cinco condiciones, siempre acabo diciéndome que nunca cumpliré ni una sola de ellas.